

EL ANGEL DE LA GUARDA.

A MI HIJO RAFAEL.

Niño inocente,
Tierno pimpollo,
A quien contempla
Con alborozo
Tu dulce madre
Jugar en torno:
Hijo del alma,
Prenda que adoro,
No así cruzando
Ligero y pronto
Cual cervatillo
Que huye medroso,
O cual las aguas
Del limpio arroyo,
De mí te apartes,
Bello tesoro!

Ven á mis brazos,
Ven, y tus ojos
Que alegres brillan,
Puros y hermosos
Cual del sol mismo
Los rayos de oro,
Atentos miren
El lindo rostro,
Las blancas alas,
Los dulces ojos,

De ese Angel bello,
Puro y gracioso.
¿Quién es, preguntas?
La imagen solo
De aquel amigo
Tan cariñoso,
Que del Dios santo
Bajó del trono,
Para ser siempre
Tu firme apoyo.
¿Ves cuánto, niño,
Cuánto te adoro?
¿Ves á tu madre
Con cuánto gozo
Doquiera sigue
Tus pases todos;
Te estrecha al seno
Si estás lloroso,
Y amante besa
Tus labios rojos?
Pues aqueso Angel
De lindo rostro,
De blancas alas
Y dulces ojos,
Te cuida y quiere
Más que nosotros.
Tú no le miras,
Pero afanoso
Siempre á tu lado,
Cual fiel custodio,
Ese Angel vela
Tierno, amoroso.
Oye, hijo mío!

¿Has visto cómo
 La clara lumbre
 Del sol radioso
 Dora los campos,
 Los valles hondos,
 Las altas cumbres
 Y el bosque umbroso?
 Pues así el Angel
 Esparce en torno
 De tu existencia
 Fulgor precioso;
 Con que teñidas
 De nácar y oro
 Véñse las nubes
 Que al cielo hermoso
 De tu inocencia
 Prestan adorno!
 ¡Hijo del alma,
 Bello tesoro!
 ¡Si vieras cuánto,
 Cuánto ambiciono
 Tener los sueños
 Que ese Angel blondo
 Cuando tú duermes
 Te inspira, y cómo
 Pienso que vagan
 Blancos y hermosos
 Cual de alba espuma
 Nevados copos!....
 Cuando obediente
 Te mira absorto,
 Dócil y bueno
 Para con todos;

¡Cuánto se alegra
 Tu fiel Custodio
 De blancas alas
 Y dulces ojos!
 ¡Ay! nunca vuelva
 Su lindo rostro,
 De angustia lleno,
 Triste y lloroso!.....
 ¡Ay! nunca mire
 Tu fiel Custodio
 Que al mal te inclinas
 Con que en su encono
 Perderte quieren
 Los viles monstruos,
 Los enemigos
 De tu reposo!
 ¡Cúbrante siempre,
 Tierno pimpollo,
 Hijo querido,
 Prenda que adoro,
 Las blancas alas
 Con que amoroso
 Te guarda ese Angel
 De bello rostro;
 Hasta que subas
 Al almo trono,
 Donde el Dios bueno
 Será tu gozo!

El Angel de la Inocencia.

A MI HIJA NATALIA.

Anoche, madre,
Tuve yo un sueño
De los mas lindos
Y placenteros.
Soñé que andaba
Flores cogiendo
Por cierto prado
Verde y risueño,
Junto á la orilla
De un arroyuelo;
Cuando de pronto
Miro á lo léjos
Un lindo arcángel
Que á mí viniendo,
Rápido cruza
Los mansos vientos.
Llega, y absorta
Su faz contemplo,
Miro sus ojos
Color de cielo,
Su blanda risa,
Su talle esbelto,
Las hebras de oro
De sus cabellos,
Y su ropaje
Que al aire suelto,

Flotando vaga
Como en el templo
Ligera nube
De blanco incienso.
Y soñé, madre,
Que el ángel bello
Dióme en la frente
De amor un beso,
Y así me dijo
Con blando acento:
"Graciosa niña,
¿Por qué tan léjos
De tu adorada
Madre, corriendo,
Alegre cruzas
El campo ameno
Cogiendo flores
Con embeleso?"

Tu buena madre
Con afan tierno,
Te busca inquieta,
Niña, temiendo
Que entre las rosas
Oculto insecto
Aleve daño
Te cause fiero;
O bien que caigas,
Al ir corriendo,
En esas ondas
Del arroyuelo.

Vuelve á sus brazos,
Vuélvete, y presto

La dulce calma
 Torne á su pecho.
 Yo soy el ángel,
 Niña, que velo
 Por la inocencia
 Con amor tierno!"
 Dijo así el ángel,
 Y en el momento,
 De nuevo dióme
 De amor un beso,
 Tendió las alas
 Y por el viento
 Se fué volando
 Madre, hasta el cielo!
 De gozo llena,
 Seguirle quiero,
 Cuando agitada,
 Madre, despierto!.....
 Al ángel busco.....
 ¡Cuál mi contento
 Es, cuando miro
 Tu rostro bello,
 Tu dulce rostro
 Que es mi embeleso,
 Y es el retrato
 Del que ví en sueños!



UN REBAÑO SIN PASTOR.

(Con ocasion del destierro que, siendo Obispo de Puebla, sufrió el Illmo. Sr. Dr. D. Pelagio A. de Labastida y Dávalos, el 12 de Mayo de 1856.)

¡Qué lúgubre silencio
 Por la ciudad impera!
 ¡Por la ciudad que un tiempo
 Alzaba placentera
 Hosannas mil de júbilo
 Y cánticos de amor!
 Las calles están tristes,
 Sombrías y desiertas:
 Los templos han cerrado
 De súbito sus puertas,
 Y llegan á sus bóvedas
 Gemidos de dolor.

Los bronces ya no dicen
 Las santas alegrías;
 Del órgano cesaron
 Las graves armonías;
 Y las del coro célicas
 No se oyen resonar.
 Que del Señor la casa
 Se encuentra en hondo duelo;
 Y lleno el sacerdote

De amargo desconsuelo,
Con sus ardientes lágrimas
Regando está el altar.

Del Salvador en tanto
Las vírgenes esposas,
Las azucenas candidas
Que diéronle afanosas
Cual un tesoro angélico
Su aroma de virtud;

Con dolorosos ayés
De lo íntimo del alma
Del apartado asilo
Turban la dulce calma,
De su retiro plácido
La sin igual quietud.

Y está de luto llena
Del rico la morada,
Como lo está del pobre
La casa infortunada;
Y es todo llanto insólito,
Terrible confusion.

Aun el tirano mismo
Que al pueblo audaz oprime,
Al ver que el triste pueblo
Se desespera y gime,
Tiene el semblante pálido,
Medroso el corazón.

Empero sofocando
La voz de la conciencia,

Ordena que sus turbas
Separen con violencia
Al buen Pastor solícito
De su adorada Grey;
Y que, como un infame,
Proscrito el justo vaya
En pos de una extranjera
Y hospitalaria playa
Que en su querida México
Le negará la ley.

¡La ley!...pero ¿es acaso
La voluntad suprema
El odio de un tirano
Que lanza un anatema
Contra inocentes víctimas
En bárbaro furor?
¿Así la ley se baja
De su inmortal asiento,
Para atizar innoble,
Cual mísero instrumento,
De las contiendas horribles
El sanguinoso ardor?

¿Así la ley condena
A quien el pueblo aclama?
¿Así la ley proscribiera
A quien el pueblo llama
Su padre clementísimo,
Su vida y su sosten?
¡Dejad vuestro designio
Crüel y temerario!...
¡No así cubrais de luto

Los muros del Santuario:
No así con furia indómita
Nos arranqueis el bien!

¿Sereis, sereis vosotros,
Los que en amor sublime
Del infelice pueblo
Que desolado gime
Oír quieran las súplicas
De su doliente afán?

¿De cuántos desvalidos
Cuya esperanza es muerta
Escuchareis las quejas
Mañana á vuestra puerta!
¿Y les dareis benéficos,
Cual su Pastor, el pan?

Que el huérfano y la viuda
Y el jóven y el anciano
Aplaquen este día
Vuestro furor insano
Con las amargas lágrimas
Que corren por su faz:

Y los sensibles pechos
Os digan en su abono
Que nunca mereciera
Tan despiadado encono
Quien sus plegarias férvidas
Eleva por la paz.

Mas ¡ah! que se prepara
Del pueblo la rüina
Y no quereis que venga

La celestial doctrina
Y aquesa noche lóbrega
Disipe con su luz.

Y ofusca vuestras almas
El lamentable ejemplo
De aquellos enemigos
De Dios y de su templo
Que toman por escándalo
Las glorias de la Cruz.

Gozad en vuestro triunfo
Del mal que nos aqueja:
Por las salobres ondas
El buque ya se aleja
En alas ¡ay! cuán rápidas
Del viento y del vapor.

Gozad! que en ese buque
Perdido en lontananza
Se va nuestro consuelo,
Se va nuestra esperanza,
Y acá rebaño mísero
Se queda sin Pastor.

Alguna vez el cielo
Se tornará benigno;
Y lucirá en los aires
Del alma paz el signo
Y el Dios de los ejércitos
Nuestra afliccion verá.

Entónces el que hoy vase
Proscrito y calumniado,

A su querida patria,
De gloria coronado,
Por ese mismo Atlántico
Gozoso volverá.



UNA MADRE.

(A MERCEDES FERNANDEZ.)

¿Qué tienes, dime, jóven inocente,
Que así te inclinas triste y pesarosa,
Como en el valle la marchita rosa
De airado viento al soplo abrasador?
¿Qué secreta memoria despedaza
Tu tierno corazon, Merced querida,
Y envenena las horas de tu vida
Con las gotas amargas del dolor?

¿Acaso hubo un amante que perjuro
A la ardiente pasion que te decia,
De tu fe y de tu amor burlóse un dia,
Sin tener de tus lágrimas piedad?

¿O la muerte crüel le arrebatara
En la mitad de su feliz camino,
Y por eso tu bárbaro destino
Hoy en silencio devorando estás?

¿Son las tiernas memorias de un hermano,
O los gratos recuerdos de un amigo
Que en otro tiempo dividió contigo
Sus momentos de calma y de placer,
Los que oprimiendo tu sensible pecho
Le arrancan un suspiro lastimero,

Como el eco del canto plañidero
Que alza en los bosques la paloma fiel?

¡Ah! ¿por qué de tu rostro se ha borrado
Aquel color de nacarada rosa
Con que un tiempo te ví fresca y hermosa
Como alegre mañana del Abril?

¿Donde están los destellos de esos ojos
Azules como el cielo trasparente:
En donde lo sereno de tu frente
Y de tu labio púdico el carmin?

Dime, dime tus penas; que yo tengo
Tambien un corazon que sufre y llora:
Tengo tambien un alma que devora
El tósigo insufrible del dolor.

Dime tus penas, lloraré contigo;
Porque es el llanto bienhechor consuelo,
Que cual rocío místico del cielo
Fecunda el agostado corazon.

Mas ya te oigo exclamar: "no es un amante
El sér idolatrado por quien lloro;
Ni he perdido el dulcísimo tesoro
Guardado en el cariño fraternal:

La adorada memoria de mi madre
Es ¡ay! la causa de mi amargo llanto:
Aquella madre que me amaba tanto
Y dejóme en tan lúgubre orfandad.

"Su dulce imágen es la que sorprende
Por doquiera á mi ardiente fantasía:

Miro su rostro cuando nace el día;
Oigo en la noche su apacible voz.
Ella es el pensamiento que incesante
Roba á mi triste espíritu la calma:
Ella siempre grabada está en el alma
Y por ella suspira el corazon!..."

Pobre Merced!... Si en tu dolor profundo
Te consuela el acento de un amigo,
Ven á mi lado, ven, que yo contigo
La copa del dolor apuraré.

De la amistad en el sagrado seno
Deposita tus lágrimas ardientes,
Y no busques en pechos inclementes
Rasgos de tierna compasion, Merced!

Aun tengo madre yo... ¡si tu la vieras!...
Es un ángel de paz y de ternura
Que sufre resignada la amargura
De una existencia mísera y fatal.

Una santa mujer, en cuyo labio
Siempre asoma sonrisa cariñosa,
Y en cuya frente blanca y espaciosa
Despliega sus encantos la humildad.

Aun tengo madre, sí; pero su ausencia
Ay! poco á poco mi existir consume,
Y se va evaporando ya el perfume
De la flor de mi triste juventud.

Y porque en su purísimo cariño
Se cifra mi consuelo y mi tesoro;

Porque á mi madre con delirio adoro
Y venero su amor y su virtud;

Comprendo tu afliccion, y acá en el fondo
De mi angustiado corazon yo siento
La espina punzadora del tormento
Que destroza tu pecho sin piedad.

Llora, pobre Merced: el llanto sólo
Es nuestra herencia en el impuro suelo,
Y tan solo gimiendo halla consuelo
En su dolor el infeliz mortal.

¿Dónde encontrar una mujer tan tierna,
De tanta abnegacion, de amor tan santo,
Y que padezca por nosotros tanto
Como lo hace una madre?... ¿dónde hallar

Los consejos, Merced, de aquella boca,
La sincera efusion de aquel cariño
Que abrigo presta al hombre desde niño
Con el calor del ala maternal?...

¡Llora, Merced! Pero que el mundo necio
En tus ojos las lágrimas no mire,
Y ni aun tu pecho angelical suspire
Cuando en tu suerte pienses infeliz:

Porque al ver tu dolor el torpe mundo
Que no entiende el sublime sentimiento,
Acaso por consuelo á tu tormento
Te diera insano mofador reír!

Conmigo ven, y dime tus pesares:
Yo, que tanto sufrí desde la cuna;

Yo, de quien siempre la falaz fortuna
Sus volubles encantos apartó;

Yo enjugaré las lágrimas que viertes
Por una madre tierna y cariñosa;
Y al cielo pediré te haga dichosa
Volviéndote la paz del corazon.

